

Sin embargo, de vez en cuando se variaba la forma, sin duda por temor á la monotonía, y se ponía :

« Esta mañana á las ocho salió á caza S. M. ; á las siete había oído misa en sus habitaciones. »

Hubiérase dicho que las poblaciones debían regocijarse y admirarse al leer todas las mañanas aquella interesante noticia, y cuesta trabajo comprender cómo han podido rebelarse contra un rey tan devoto ante los jesuitas, y tan gran cazador delante de Dios.

El duque de Angulema, que desde la muerte de Luis XVIII no tenía otra voluntad que la de su padre, le imitaba en todo, conformaba su vida á la suya, entregándose á las mismas prácticas religiosas y venatorias.

La señora duquesa de Angulema se tornaba de día en día más sombría y más austera ; una juventud tan desgraciada le hacía una vejez rígida.

Jamás ninguno de sus más frecuentes acompañantes la veía sonreír.

Llevaba sobre su frente como un reflejo de los acontecimientos del pasado, como un presentimiento de las catástrofes del porvenir ; hubiérase dicho que descubría el peligro, y veía como un fantasma fúnebre acrecentar el destierro en el horizonte.

La señora duquesa de Berry, joven espiritual y benévola, era la única que intentaba romper la monotonía de aquella vida monacal, dando algunas fiestas, ora en los Eliseos, ora en su castillo de Rosny, y mantenía su popularidad repartiéndole algunas limosnas, siempre bien empleadas, y visitando ciertas fábricas, haciendo compras en algunos almacenes, mostrándose de vez en cuando en el teatro, pero inútilmente. Aquella actividad, que parecía febril en medio de la sombría torpeza que le rodeaba, era impotente para

volver á dar la vida á aquella corte, que había caído en la letargia religiosa más profunda de todas las letargias.

Y cuanto más tiempo pasaba, más el anciano rey se entregaba ciegamente á la corriente que le arrastraba hacia el abismo.

Quos vult perdere Jupiter dementat.

CAPÍTULO III.

LA LEY DE AMOR.

El 4 de Noviembre de 1826, es decir, en el último día de su santo, Carlos X acababa aún de elevar dos obispos á las funciones de ministros de Estado.

El duque Clermont-Tonnerre, arzobispo de Tolosa.

Mr. de Latil, arzobispo de Reims.

Los obispos ultramontanos podían, pues, en adelante levantar la cabeza y hablar alto.

Mr. de Latil, su intérprete cerca de Carlos X, comenzó, apenas subió al ministerio, á excitar al rey contra la prensa. La ley de 1822, ya tan injusta y tan rigorosa, fué declarada insuficiente, y Carlos X, olvidando la promesa hecha al subir al trono y saludada con tantas aclamaciones, autorizó á los talleres de Montrouge y de Saint-Acheul para forjar una ley, que tuviera todos los resultados de la censura, sin llevar su nombre, y que fuese aún más embarazosa para los impresores que para los escritores.

Aquella vez se quería romper todo de un golpe : el pensamiento y su instrumento.

Así que, por ejemplo, una de las disposiciones de aquella ley decía : que todos los escritos de veinte hojas, y de allí abajo, debían ser depositados, los unos cinco días y los otros diez antes de la publicación. Si no se llenaba esta formalidad, la edición era suprimida y el impresor condenado á una multa de tres mil francos.

Los impresores se tornaban así en censores de las obras que imprimían. La responsabilidad pesaba igualmente sobre los propietarios de los periódicos. Las penas eran exorbitantes, las multas ascendían á 50.00, 10.000 y 20.000 francos.

Mr. de Peyronnet, guarda-sellos y ministro de Justicia, fué quien después de la discusión del discurso de la corona, se encargó del peligroso honor de presentar á la Cámara de los diputados, aquella ley que atentaba á la vez á todos los derechos de la inteligencia humana y á la existencia de más de un millón de ciudadanos.

Cuando al día siguiente fueron conocidas en París todas las disposiciones del proyecto de ley, se elevó un hurra de indignación en todos los puntos de la capital, y tres días después de todas las partes de la Francia.

Sintióse que, en el instante mismo, acababa de entrar en los ánimos una terrible é implacable fermentación.

De aquella fermentación nació un incidente, que debe encontrar naturalmente su puesto en esta obra, destinada como un espejo (pero como un espejo que guarda los objetos), destinada, decimos, como un espejo, á reflejar los sucesos disipados.

Este incidente fué suscitado por Mr. de Lacretelle, miembro de la Academia francesa.

Esta estimable institución, como hija bien educada, da tan pocas veces ocasión para que se hable de ella, que

aprovechamos con gusto la que ahora se nos presenta para revelar su existencia en 1827

Tal vez haya muerto después ; pero la historia probará que en 1827 aun vivía.

Mr. de Lacretelle, vivamente alarmado, no sólo por la libertad, sino por la misma restauración, propuso á la Academia francesa dirigir, fuese al rey, su protector, ó fuese á las dos Cámaras, una reclamación enérgica contra un proyecto de ley, perjudicial para las letras y desastroso en el orden político.

Habia concertado aquel paso con Mr. de Villemain.

La mayoría de la Academia estaba lejos de ser hostil al gobierno ; al contrario, los verdaderos amigos del rey, tal vez estaban allí más bien que en otra parte, y así fué que tomó con calor, pero sin ningún espíritu de malevolencia, aquella reclamación que tocaba tan de cerca á la armonía y la independencia de las letras.

Designóse el día para una reunión, á que serian invitados todos los miembros. Al abrirse la sesión se leyó, ó más bien se intentó leer una carta de Mr. de Quelen, arzobispo de París y miembro de la Academia.

El celo de aquel prelado por las libertades nacionales se había debilitado mucho, y en aquella carta, hasta decía temer que una simple súplica al rey fuese castigada con la disolución del cuerpo ilustre, al que tenía el honor de pertenecer.

Aquella excesiva alarma chocó vivamente á la Asamblea, que decidió, á petición de Mr. de Villemain, que *se interrumpiese* la lectura de la carta de Mr. de Quelen.

Los numerosos agravios contra el proyecto de ley, fueron articulados con fuerza, discutidos con destreza, considerados con profundidad por los señores Chateaubriand

Segur, Villemain, Andrieux, Lemercier, Lacrestelle, Parseval de Grandmaison, Duval y Jouy, que pertenecían, sin embargo, á matices de opinión muy diferentes.

Mr. Michaud, el autor de la *Historia de las Cruzadas*, votó en el mismo sentido, aun cuando la redacción de *La Cotidiana* atestiguase su celo monárquico, y aun cuando lo atestiguasen mejor aún las numerosas persecuciones sufridas bajo el gobierno del emperador.

En una palabra, aquel proyecto de ley no encontró más que apologistas tímidos y embarazados, que abandonaron al instante su defensa, para limitarse á representar la inconveniencia y hasta la inconstitucionalidad de la súplica, que no por eso dejó de aprobarse por diez y seis votos contra nueve.

Se nombró para redactarla á los señores Chateaubriand, Villemain y Lacrestelle.

Súpose en Montrouge lo que pasaba.

Los reverendos padres buscaron los golpes con que pudieran herir á los académicos.

Chateaubriand era invulnerable, porque había sido despojado de todos sus empleos, uno después del otro.

Pero Villemain y Lacrestelle eran profesores en la facultad de letras.

El 18 de Enero apareció en el *Monitor* un decreto, que privaba de sus funciones á Villemain, magistrado del Consejo de Estado, á Michaud, lector del rey, y á Lacrestelle, censor dramático.

Este golpe de Estado en miniatura, á nadie había admirado.

Se esperó desde entonces ver á Villemain y Lacrestelle privados de las funciones que desempeñaban en la Universidad, ir á engrosar el cortejo de aquellos ilustres desgraciados, que se llamaban Royer-Collard, Guisot, Cousin, Poinson.

El rey, aquel pobre rey cazador y devoto, de tal modo lo habían cegado aquellos extraños deslumbradores, que olvidaba que todos aquellos realistas desgraciados sólo elevaban la voz contra los descendientes de Ravallac, por amor á Enrique IV.

Pero en cambio de la desgracia que les había ocurrido, y previendo la que les esperaba, los tres académicos recibieron en la misma sesión las felicitaciones y los abrazos de toda la ilustre compañía:

Mr. Villemain fué particularmente objeto de una ovación merecida: sin otro patrimonio que su talento (no había sido aún ministro, y acaso aun después de haberlo sido, tampoco tuvo otro patrimonio), sin otro patrimonio que su talento, la vista tan débil, que ya se le tenía por ciego, y que estaba reducido á dictar, Villemain perdía más que los otros al perder su plaza, perdía su pan, el de su mujer y el de sus hijos.

Pero es verdad que comenzaba aquella grande reputación de hombre honrado, de corazón leal, de espíritu elevado, que le ha sido y será fiel hasta la muerte.

Á su entrada, todo el mundo se acordó de Lamothe-Houdart, ciego, herido brutalmente por un hombre, con quien había tropezado al pasar.

— ¡ Ah ! caballero, le había dicho el poeta, vais á arrepentiros mucho de vuestra vivacidad, porque soy ciego.

El gobierno había herido tan brutalmente como el hombre á Lamothe-Houdart, sólo que no se arrepentía.

Aquellas destituciones no detuvieron el proyecto de súplica: en revancha, el proyecto de súplica no detuvo el proyecto de ley.

Mr. de Peyronnet hizo defender, ó defendió él mismo su proyecto de ley en el *Monitor*, llamó á aquella obra, que

hubiera podido revindicar un tribunal de inquisición, una ley de amor, nombre que tuvo y tendrá esa ley.

Á veces era un espíritu muy bromista el de los colegas de Mr. de Villele.

La súplica de la Academia no fué el único acto de protesta contra la ley de amor.

Todos los impresores de Francia se reunieron para peticiar.

Royer Collard, antiguo director de la Biblioteca, depositó en la Cámara de los diputados su petición, autorizada con doscientas veintitrés firmas.

Pero aquella ley, ley de cólera y venganza, comenzaba á dar sus frutos.

Desde los primeros días de la discusión se habían detenido los trabajos en las imprentas, en las fábricas de papel, en las fundiciones de caracteres; había cesado toda demanda; el comercio de libros agonizaba.

Se había limitado á ochenta el número de las imprentas en París; pero además de las que carecían de obra continua, acababa el ministerio de retirar muchas concesiones.

En vano los impresores anunciaban por todas partes la venta de sus diplomas; nadie se presentaba, porque nadie quería abrazar una profesión, reducida en adelante á temer quiebras, pérdidas, multas, expoliaciones, violencias y prisiones.

Nunca había estallado un odio más feroz, una cólera más vengativa, desde aquel grande incendiario que se llamaba Omar.

Y aun éste tenía por excusa el no quemar más que los libros pasados; pero los Omars de 1827 pretendían la destrucción de los libros futuros.

Los hombres más adictos á la restauración, los que habían dado más prendas á la causa real, que habían mostrado más adhesión á la familia de los Borbones, expresaban en voz alta y con tristeza su disgusto de la conducta del ministerio, y deploraban las fatales consecuencias de aquel sistema de opresión.

Muchas familias, alarmadas con aquel sistema de educación, sometido de una manera absoluta á la influencia monacal, temblando de miedo al viento que soplabá de Saint-Acheul y de Montrouge, retiraban sus hijos de las casas de pensión y de los colegios, y del modo que les era posible los hacían educar á su lado, acaso con una instrucción menos extensa, pero de seguro más moral.

Se preguntaba qué había hecho aquel desgraciado país, que pagaba anualmente mil millones de impuestos, que se sangraba para atender á todos los servicios públicos, que no deseaba más que entregarse en paz al desarrollo de su industria y de su inteligencia, para ser tratado así, amenazado en sus derechos, herido en sus intereses, humillado en su orgullo; y esto por hombres salidos apenas y con pena de su obscuridad natural, que no justificaban sus pretensiones con ningún talento, con ninguna virtud, con ninguna capacidad, y que no tenían absolutamente otra fuerza que la que tomaban de una facción, odiosa en Francia, tiránica en España, ridícula además en todas partes.

Y lo que había de extraño, y sobre todo de injusto en todo esto es, que el ministerio, único autor de las agitaciones y del descontento que se manifestaban, tomaba de ello pretexto para solicitar leyes, hechas, mucho más para irritar que para calmar los ánimos; el ministerio acusaba á la prensa de un estado de cosas de que sólo él era el culpable, y los ministros no tenían otros argumentos que dirigir á sus

adversarios, que el que habían opuesto á los tres académicos destituidos.

— Sois enemigos del gobierno.

Por lo demás, el ejército, al menos el antiguo, el verdadero, el que había combatido, vencido y conquistado el mundo, no era mejor tratado que la literatura, y los partidarios de Montrouge y de Saint-Acheul no se contentaban con destituir á los académicos, despojaban á los mariscales de Francia de los títulos que el emperador les había dado, y en el salón del embajador de Austria, el señor conde de Apponi, á pesar del artículo 71 de la Carta, que decía :

« La nobleza antigua volverá á tomar sus títulos ; la nobleza nueva conservará los suyos ; »

Á pesar de este artículo, en el salón de Mr. Apponi, ilustres capitanes habían oído, que los lacayos encargados de anunciarles les habían negado sus títulos de duques y de príncipes.

Este insulto había producido dos efectos semejantes, el uno sobre un jurisconsulto, el otro sobre un poeta.

El jurisconsulto, Mr. Dupin, se había pronunciado vivamente contra aquella medida en una carta dirigida al *Constitucional*.

El periódico de Mr. Corbiere daba razón cumplida á el Austria, proclamando que los generales franceses estaban destituidos legitimamente de sus títulos, y que el embajador de Mr. de Metternich se hallaba completamente en su derecho de negárselos.

El poeta, Mr. Victor Hugo, hijo, como él mismo ha dicho de un padre de la Lorena, y de una madre de la Vendée, se había contado hasta allí en las falanges realis-

tas ; pero á la injuria hecha á aquel noble ejército, del que era uno de los hijos, avanzó como los héroes antiguos que salían del frente de la batalla para aceptar ó proponer un duelo, y arrojó su guante á los provocadores ; tres días después del sarao del embajador de Austria, apareció la *Oda á la Columna*.

Aquella era, pues, una guerra á muerte, declarada bajo todas las formas á la inteligencia, al espíritu humano, á las leyes, á las ciencias, á las letras, á las industrias.

Extraña época, en la que Rousseau no hubiera podido ser elector, ni Cuvier podía ser jurado.

En fin, todo lo que tendía á mejorar los hombres, á formar el gusto, á favorecer el progreso, á animar las artes, á desarrollar las ciencias, en una palabra, todo lo que tenía por objeto dar un paso más hacia la civilización, estaba prohibido, despreciado, envilecido.

El secreto de gobernar era, para aquellos negros legisladores, el arte de cegar los pueblos.

Pero si el gobierno prohibía la lectura, en revancha animaba los garitos, las loterías, las casas de juego ; y cuando un periódico le gritaba, que favorecía el mal, que daba al obrero, no sólo la facultad, sino la tentación de dilapidar el precio de su trabajo, el gobierno respondía :

— Me calumniáis. Yo soy la misma moralidad, y la prueba es que los reglamentos de mi policía prohíben la entrada en las casas de juego á los jóvenes menores de veintiún años.

Que está prohibido jugar menos de dos francos cada vez.

Que no se permite entrar en blusa ni con chaqueta.

Los obreros, pues, y los artesanos están preservados.

Leed, pues, mis reglamentos, si no los habéis leído, y si los habéis leído mal, volved á leerlos.

Y era esto verdad; y aquellos reglamentos de policía existían efectivamente.

Pero el gobierno no decía que él mismo había encontrado el medio de eludir aquellos reglamentos protectores.

Se prohibía entrar antes de los veinte años, es verdad; pero ¿en qué se conocía la edad? En la barba.

El peluquero vecino ponía mostachos y patillas, que hacían al instante de un niño de diez y seis años un joven de más de veinticinco.

Estaba prohibido jugar menos de dos francos.

Pero cuatro desgraciados se unían para tener derecho de perder cada cual los pobres diez sueldos que hubiesen dado pan á su familia durante todo un día lo menos.

No se permitía entrar en blusa ni con chaqueta en las casas de juego, ni en los garitos ni triquetos.

Pero los administradores de los juegos habían establecido un vestuario, donde el artesano cambiaba su chaqueta por una levita, y el obrero su blusa por un redingote.

¿Qué decís de ese gobierno moral, vosotros que leéis con asombro todas esas cosas olvidadas?

Vosotros decís como nosotros, que nunca se había llevado más lejos el estímulo de la desmoralización.

CAPÍTULO IV.

PERIÓDICOS, TEATROS, HOMBRES GRANDES, PUBLICISTAS, ARTISTAS, PINTORES, ESCULTORES, CÓMICOS, BANQUEROS

En seguida volvían á comenzar los milagros en todas partes.

En Alenzón se distribuía por un sueldo la relación del

gran milagro acaecido durante el verano de 1826 en el distrito de Domfront, en Saint-Jean-des-Bois el 26 de Julio.

El mismo milagro se verificaba al mismo tiempo, ó poco después, en otras ciudades; en Cherburgo, por ejemplo.

Testigos dignos de fe, de cuya veracidad no era permitido dudar, habían visto salir cinco gotas de sangre del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Acontecimiento no menos notable, aunque menos milagroso:

El vicario de la parroquia Chateau-Gombert, situada hacia Marsella, acababa de ser sorprendido violentando á una de sus feligresas.

Un hecho que había pasado en Annecy, en Saboya, era el escándalo de la quincena durante la cual se abre nuestro relato.

Mr. Sace, anciano, universalmente estimado en el país, había muerto en el mes de Enero sin haber recibido los socorros de la religión.

Nególe el obispo la sepultura, y por precaución, cerró desde por la mañana las puertas de la iglesia y del cementerio.

Todos los habitantes protestaron contra aquel ultraje hecho á su conciudadano, al seguir el convoy.

Se enterró el cuerpo en un paraje separado.

Algunos días después, el Senado de Chambéry intimó al obispo la orden de que hiciese, sin detención, exhumar el cadáver del anciano, y enterrarle en sagrado con todas las ceremonias usadas.

Algún tiempo antes, aquel mismo obispo que no quería abrir el cementerio, había hecho cerrar el teatro; pero el intendente de la provincia, que no tenía las mismas razones que su grandeza para temer la comedia, lo había hecho

abrir otra vez, con gran contrariedad del prelado, y la compañía de Ginebra había venido á dar representaciones allí con grandes aclamaciones de la ciudad.

Se estaba lejos en Francia de tener tanta libertad como en Saboya.

El director del teatro de Amiens acababa de tener la prueba de ello. Georges, que estaba en aquella época en todo el brillo de su belleza y de su talento, después de gloriosas representaciones en la Flandes francesa, debía representar aun una vez en Amiens y partir de allí para el Mediodía. Pero se debatía entre Saint-Acheul y el director del teatro de Amiens un proceso, que impedía á Georges dejar la ciudad.

Debía poner en escena, antes de marchar, *El Leonidas*, de Pichat, que en aquella época se representaba en toda la Francia; pero los jesuítas no admitían que se celebrase la victoria de los griegos que combatían por la cruz, sólo porque al mismo tiempo que por la cruz, habían cometido el desacierto de combatir por la libertad. Se marchaba hacia el terror; el terror blanco, es verdad, pero siempre era terror.

Los castillejos de Italia, de Bohemia y de España, llenos de prisioneros, atestiguaban tan execrable tendencia.

Hoy sabemos cuáles eran los combatientes que debían tomar parte en la lucha que se preparaba; á todos se les conocía: militares, abogados, banqueros, sabios, industriales, artistas y estudiantes.

Desde aquella época se veían dibujarse vagamente en la sombra las siluetas de los herederos de los hombres grandes de 1789, y á pesar de la divergencia de opiniones, todos se reunían para luchar contra el enemigo común: el gobierno.

Al instante nos vamos á ocupar de esos hombres grandes; pero digamos primero una palabra de los periódicos que les alababan ó les atacaban, según que aquellos periódicos eran realistas ó liberales: en seguida entraremos en nuestra obra, es decir, en la historia moral de aquella sociedad, cuya historia política nacemos en este momento, para volver á emprender la continuación de los acontecimientos que hemos prometido referir.

Los periódicos eran, en primer lugar:

El Monitor, viejo barómetro gastado, para el cual los gobiernos, cualesquiera que ellos sean, siempre son buenos.

La Estrella, periódico de la tarde, redactado por Mr. de Villele, Mr. de Peyronnet, y los reverendos padres Godineau, Rousin y Compañía.

Se le llamaba la *mala estrella* del rey.

La Bandera blanca, periódico también ministerial, que murió combatiendo: honor al valor desgraciado.

La Cotidiana, como *La Bandera blanca*, muerta en el campo del honor.

La Gaceta de Francia, único periódico realista de aquella época que ha sobrevivido.

El ministerio había hecho sudar á los buenos habitantes de Paris más de tres millones para comprar periódicos, que se vendían, y crear otros nuevos, que no se leían.

Se sabía además mucho tiempo hacia que el gobierno tenía intención de restringir todo lo posible y reducir los suyos al número de dos, suprimiendo *El Aristarco* y *La Bandera blanca*.

Los demás periódicos (pedimos perdón á los que se nos olviden), los demás periódicos eran *Los Debates*, redactado por los hermanos Bertin, *El Constitucional*, redactado por Esteban y Jay, *El Globo*, por Pedro Leroux, *La*

Gaceta de los tribunales, El Eco de la tarde, El Diario de París, La Pandora, La Revista protestante, La Revista enciclopédica, Británica, Americana y El Mercurio.

Los grandes hombres se llamaban : Chateaubriand, Beranger, Lamartine, Victor Hugo, Cousin, Guizot, Villemain, Thiers, Agustín Thierry, Michelet, Nodier, Lemerrier, Benjamin Constant, Royer-Collard, de Segur, Azais, Casimiro Delavigne, Arnault, Mery, Barthelemy, Michaud, Duval, Picard, Andrieux, Jouy, Scribe, Viennet, que acababa de dar á luz su epístola á los traperos, sobre los crímenes de la prensa, Dulaure, que publicaba su *Historia de París* ; Cauchois-Bemaire, que dirigia á Mr. Peyronnet cartas históricas, en las que preguntaba á la Cámara si habia lugar á acusar á los ministros.

Los sabios eran ; Arago, Cuvier, Broussais, Geoffroy Saint-Hilaire, Chomel, Devergie, Poinsot, Thenard, Orfila, Duval, Richard, Laplace, Brongniart, Magendie Fourier, Champollion.

Los pintores eran : Delacroix, Ingres, Decamps, Vernet, Delaroche, Leopoldo Robert, Boulanger, los dos Johannot, que se disponian á dibujar y aun á pintar aquellas admirables viñetas de las obras de Walter Scott, que publicaba Gosselin.

Los escultores eran : David, Pradier, Foyatier, Etex, que acababa de darse á conocer por su *Cain*.

Los músicos eran : Rossini, Herold, Spontini, Meyerbeer, Boieldieu, Aubert, Halevy,

Los cantantes eran : Nourrit, Dabadie, Levasseur, Chollet, Ponchard, Alexis, Dupont, las señoras Dabadie, Cinti, Rignaud, Pasta, Malibrán.

Los ejecutantes eran : Paganini, Baillet, Brod, Liszt, Tulou, Vogt, Stockausen, Martainville, Labat.

¿ Queréis llegar al fin y leer los anuncios de los espectáculos ? Sea.

Para nosotros, el año de 1827 es ayer, ó más bien es hoy.

En la Ópera :

El sitio de Corinto, La vestal, El ruiseñor : el baile, *Astolfo y Joconda, El carnaval de Venecia*. Se anunciaba *El oratorio de Moisés*, para los días siguientes.

En el Francés :

El huérfano de la China, El marido joven, El celoso á su pesar, El Tasso, Los dos yernos, La consecuencia de un baile de máscaras, algunas veces el segundo acto de *El matrimonio de Fíguro* : los otros cuatro estaban prohibidos y no se representaron más que bajo el ministerio Martignac, á petición del barón de Taylor. Se acababa de representar *Luis XI en Perona*, drama en cinco actos, de Mely-Janin, que acababa de abrir triunfalmente á la escuela romántica las puertas del teatro de la calle de Richelieu. Se anunciaba la repetición de *Artajerjes*.

Se necesitaba un contrapeso á Walter Scott.

En los Italianos :

Il turco in Italia, Il Barbiere, La donna del Lago, Tancredi, La Gazzza Ladra, Semiramide, nada que no fuese de Rossini.

Por lo demás, el anuncio de 1854 es casi el mismo que el de 1827.

En la Ópera cómica :

El artesano, La vieja, Ricardo Corazón de león, La dama blanca, Gulistán.

En el Odeón :

Allí era tan grande el número de piezas, que no se las podria contar ; todas las semanas se cambiaban.

Digamos al azar :

Las vísperas sicilianas, Los cómicos, Robin des Bois, Margarita de Anjou, El barbero de Sevilla, en el cual Duprez, sí, nuestro gran Duprez, cantaba detrás de bastidores la canción que Bocage representaba mimicamente en la escena.

Se representaban además .

La herencia y el matrimonio de la actriz, La hada Valence, Manlio, Otelo, Ivanhoé, El tirano doméstico, Los dos ingleses, El niño encontrado, El viaje á Dieppe, Tomás Moro, Emelina, Eufrosina y Coradino, etc., etc.

En fin, se acababa de representar, y era el triunfo del día, *El hombre hábil ó todo para conseguir*, pieza que había debido su éxito, en primer lugar, digámoslo, al excelente desempeño de Bocage, que representaba un jesuita de túnica corta, y en segundo á las alusiones de que abundaba la pieza.

El teatro de Madame representaba las obras de Scribe ; siempre Scribe, nada que no fuese Scribe ; ¡y tenía dos veces razón, porque al obrar así, hacía la fortuna de un hombre de chispa y de un hombre de talento : de Mr. Poirson y de Mr. Scribe.

Leed los periódicos de entonces, ¡y encontraréis, como para la misa en la capilla y la caza del rey, este anuncio invariable :

La Joven casadera, de Mr. Eugenio Scribe ; *El matrimonio de razón*, de Mr. Eugenio Scribe ; *Historia sencilla*, de Mr. Eugenio Scribe ; *Los primeros amores*, de Mr. Eugenio Scribe ; *Miguel y Cristina*, de Mr. Eugenio Scribe ; *El nuevo Pourceaugnac*, de Mr. Eugenio Scribe ; *El desván de los artistas*, de Mr. Eugenio Scribe ; etc., etc., etc., de Mr. Eugenio Scribe.

En el Vaudeville, Minette y Lepeintre hacían las delicias de los concurrentes : Minette, que murió millonaria ; Lepeintre, que fué encontrado en el canal de San Martín.

En Variedades ; Potier, Vernet, Odry, Brumet, Cazot, Lefevre : bueno y encantador teatro, el teatro de Variedades de 1827 se entiende.

Se acababa de abrir algunos días antes el teatro de las Novedades ; Dejaset, Mad. Albert, Volnys.

La puerta de San Martín representaba :

Norma, El Contumaz, La familia del zapatero, Polichinela.

La visita á Bedlam : Jocko-Mazurier para el baile, Dorval para el drama.

En el Ambigú Cómico : *Cartucho* con Federico.

En la Gaité, *Gallinero*.

La censura dejaba gustosa representar las aventuras de ladrones célebres.

Á propósito de la censura, se gritaba mucho contra ella ; eso no es nuevo, me diréis.

Se gritaba contra ella, no por haber impedido que se representase, sino por haber dejado representar.

La censura había dejado representar en la Gaité una pieza, en que la guardia nacional era infamada, escarneada, befada.

El Diario de París, redactado por personas muy honradas, y entre otras por Mr. Pillet, se había admirado sencillamente de que la censura hubiera dejado que se representase una pieza semejante, y había gritado que era un escándalo.

El Diario de París había olvidado simplemente, que datando la guardia nacional de 1789, y teniendo por padre á Lafayette, llevaba en sus banderas una fecha y un nom-

bre que excitaban horriblemente los nervios de los reverendos de Montrouge y de Saint-Acheul.

Así que, la guardia nacional fué disuelta en la primera ocasión.

En fin, habremos terminado esta revista, un poco larga quizás, pero necesaria para el desarrollo de nuestro drama, cuando hayamos dicho que en el antiguo teatro de la Foire, se representaba sobre tabladros, levantados entre la Gaité y Mad. Saquí, tabladros pertenecientes al señor Galileo Copérnico, así llamado, porque hacía ver á los espectadores estrellas á mediodía.

Añadamos para dar á este personaje toda la importancia que merece y que ha conquistado con representaciones dadas con el mayor éxito (así lo dicen sus carteles de anuncios) ante los principales soberanos de Europa, que es hermano político del célebre Zozo del Norte, de quien hemos hablado en la biografía de nuestro amigo Mellingue, y que tiene para divertir al público con bagatelas al ilustre Fafiou, el rey de los payasos de su época.

Esperamos decir algunas palabras de estos augustos far-santes en nuestros primeros capítulos. Forman parte de aquella ilustre clase que se llamaba entonces LOS MOHICANOS DE PARÍS, en honor de la hermosa novela de Cooper, que acababa de salir á luz.

Ahora que el teatro y las decoraciones son conocidas, acomódese el espectador en su puesto lo mejor que pueda.

Se va á principiar.

CAPÍTULO V.

EL MANDADERO DE LA CALLE DE FERS

La calle de Fers, que se llamaba aún en el siglo xiv *calle de Fevres*, estaba situada, y en parte aún lo está, porque no se ha concluido de destrozarla enteramente, entre la calle de San Dionisio, donde principiaba, y el mercado de las Acelgas, y la calle de la Lencería, donde concluía, alargándose por el lado norte del mercado de los Inocentes, paralelamente á la calle de la Ferronnerie.

Pasando la calle de Fers, como un rio que carreteaba frutos, flores y legumbres, entre las cien tabernas que estaban á su derecha, y las mil tenduchas del mercado que estaban á su izquierda, la calle de Fers no carecía en la época en que comienza este capítulo, es decir, hacia mitad del mes de Marzo, de cierto colorido de un no sé qué pintoresco, que no se encontrará ya en nuestro París, alineado, blanqueado, *cosmetizado* y correcto, que amenaza tornarse como Turin, en un vasto tablero de damas, es decir, en una ciudad, para el uso de los Filidor y los Labourdonnais futuros.

La multitud de trajes confundidos que se paseaba por aquella calle desde los primeros resplandores de la mañana, zumbando como un enjambre de abejas, dirigiéndose, á través del camino transparente del aire, hacia su colmena materna, presentaba, así sombreada por un lado por las paredes negras de las tabernas, é iluminada por el otro por las tiendas; presentaba, decimos, un sello de